

Esther Formosa: «La Cañí o más»

F: L. N.

«Pues qué le voy a hacer». Intérpretes: Esther Formosa, «La Cañí». Pianista: Cañiederic Obradors. Asesor escénico: J. A. Sánchez. Teatro: Alfil. 23 enero.

A la tercera, como en algunas oposiciones a cátedra o en algunos concursos literarios, ha sido la vencedora. Esther Formosa, la cantante y actriz, la solista del espectáculo, tuvo que suspender primero y aplazar después su debut en Madrid. Merecía el gozo esta tercera vuelta: ver y oír, en vivísima presencia, un buen espectáculo, más o menos original y más o menos sabido, en una dosificada fusión que a la función confiere una relevante categoría propia.

Todo muy sencillo, y aun simple, justamente para alcanzar la eficaz finalidad estética y el lucimiento de la artista, o sea, el espectáculo y su razón de ser, o sea, que el público pase por taquilla y le guste. Todo muy sencillo, quedábamos: un escenario de fondo o cámara negra, un piano (con luz), un pianista, un taburete y una excelente actriz y cantante: Esther Formosa.

La señorita Formosa arranca de la afamada tonallidera o cupletista barcelonesa de principios de siglo, de orígenes poco claros, y, como suele ocurrir, hasta con leyenda o mitificación. Arranca de la Cañí o la recrea, o las dos cosas, o las dos cosas en parte, vaya usted a saber, lo que tampoco importa. Lo que importa es que Esther Formosa crea un espectáculo, que inicia de un modo calculadamente humilde, como de pobre chica, pero que canta divinamente y se explica de igual modo.

Y esa selección o antología o popurri, en un in crescendo de emoción y gratificación de las

canciones que se van sucediendo, el espectador las incorpora o más bien las identifica con un código de armonía en su interior. No tienen nada que ver, o así, con la seguramente buena-za Amalia Jover y Rodríguez, que en el citoplasma de su leyenda figura el haber hecho la carrera. Pero doña Esther, ahora, se dirige a la memoria colectiva y ha escogido de tal suerte el repertorio que sólo es mensurable por la atención del respetable —nunca más respetable que antiernoche— y por el calor —en la nevera de enero de la noche madrileña— a la hora de la ovación.

Una luz y un pianista, decíamos para dejar en pelotas vivas la sencillez de la resolución escénica. Un simple y excelente juego de luces: esa es la verdad. En pocas ocasiones he visto variaciones, permutaciones y combinaciones lumínicas y de focalizaciones más inteligentes. No me extraña para nada la parodia del besaqueo y los morros rosados de la actriz. Actriz notable, con dominio gestual y subordinada sintaxis somática. Y qué quieres que te diga: la voz a ti debida; bien educada —digo educada para mortificar a los horteras, que creen que sorber la sopa, suprimir el latín y lo que me callo es señal de progresismo—; bien educada y con registros que da natura.

He salido encantado del teatro Alfil. Es el tercer o cuarto espectáculo teatral catalán que veo esta temporada de primera división. Ojo: no estoy en ninguna de esas deferencias pujolistas que las lenguas bífidas —según quien oiga— dejan caer por ahí, es decir, por todas partes: esta pelusa de los peninsulares...